ARTE POÉTICA

LA POESÍA, ESE AMOR DIFÍCIL

LA poesía, como el movimiento, se demuestra andando, un poco por aquello de que obras son amores, y un mucho porque las buenas razones cuando no quedan en justificaciones *a posteriori* de lo que ya no tiene remedio, suelen adelantar más de lo que uno es capaz de cumplir a la hora de la verdad. No obstante, si malo es teorizar, quizá sea aún peor dar la poesía por algo esencialmente indefinible.

LA apelación al misterio, al puro y bruto misterio que se busca en la Poesía cuando otras evocaciones del más allá parecen poco convincentes, se convierte en una verdadera necesidad para las clases privilegiadas que no quieren enfrentarse con una realidad, dentro de la cual, sus posiciones de ventaja no tienen justificación posible. Para quien no quiere ver con sus ojos, toda Esfinge es un dios; todo equívoco, una salvación; todo más allá, un confort. De ahí el carácter típicamente reaccionario de algunos movimientos tan aparentemente revolucionarios como el post-surrealismo.

NO pretendo negar lo que más o menos vagamente suele llamarse inspiración. Pero sí quiero recordar que la inspiración no es un privilegio de los poetas. Se da en otros muchos órdenes de trabajo. Y quiero recordar también que el poeta está siempre detrás de su poema, calculando, pensando y hasta maniobrando, como el tapicero está detrás de su tapiz, manejando muy conscientemente los hilos de la trama que sólo allá, al otro lado, donde a él no se le ve, producirán su efecto.

LA verdad es que cada verso, por muy espontáneo que parezca, presupone una elección entre varias posibilidades y, por tanto, un tácito o expreso juicio. No hay magia sin arte, ni poeta que no lleve dentro un crítico.

EL defecto del "garcilasismo" fué torear sin toro. El del "tremendismo", saltar a la garrocha.

SÉ que el infierno de la mala poesía está tan empedrado de buenas intenciones que muchos lectores, más escarmentados que

avisados, preferirán el orgulloso punto en boca de los procrastinantes a mi abundante coser y cantar liso y llano. Pero, por otra parte, ni todos los silencios que relucen son de oro, ni todas las voluntades de perfección honradas. Y prefiero por eso, aunque me llamen prosaico, poner los pies en el suelo y el grito en el cielo.

POR la boca muere el pez, y para no morir como él con un encono de dientes apretados, quizá convenga no picar alto y dar voz, sin excesivas preocupaciones, a lo primero que se nos viene a los labios.

HAY que atreverse. Hay que seguir adelante con decisión y con fe. Lo que hace al hombre digno, lo que le hace verdaderamente hombre, es su valor. Es decir, su valentía. Por eso respetamos al héroe aun cuando fracasa. Porque en su error grandioso apreciamos un valor como si el ser grandioso lo dispensara en cierto modo de ser un error.

LA realidad es maravillosa, aunque sea impura, brutal y hasta sucia. La recojo, pues, para hacerla mía. La recojo en el ancho "sí" que quiero dar a la vida entera.

SI lo que escribo, al actuar así, no es poesía, algo es. ¿Qué me importa el nombre? Y, por otra parte, ¿no se tratará de que no es poesía lírica? ¿No podría defenderme contra muchas objeciones simplemente con recordar las obras en verso de muchos escritores del pasado que hasta "los poetísimos" dan por buenas? ¿No estaré simplemente luchando contra la solemnidad, la pedantería y la pereza de los que no se atreven a llamar a las cosas por su nombre?

NO hay persona en el mundo que dude tanto de sí misma como yo. Si escribo tanto, es porque nunca estoy contento con lo que hago. O quizá, de un modo más hondo, porque creo que no hay poesía intemporal—es decir, perfecta y válida en absoluto—, y que uno está condenado a andar a trompicones su camino, cambiando siempre, y diciendo, como Dios le da a entender, lo que le dicta su momento.

Don Antonio Machado decía:

Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

LOS poetas poetísimos se ponen de puntillas para que la tierra no manche sus preciosísimos pies y, estirando el cuello, lanzan su quiquiriquí lírico a un cielo intemporal. Pues prefieren posar para la eternidad, aunque sea hechos unos marmolillos, que pasar, como Dios manda, por lo que nadie puede excusar. Pero ¿hay una poesía intemporal? ¿No estarán en el limbo los que se creen en el cielo? ¿No estarán por lo menos subiéndose

a la parra con sus pretensiones perfectistas de obras hechas de una vez para siempre?

HAY quien reza beato: Tiempo al tiempo; y hay quien exige nervioso: Cada cosa a su tiempo. Aquéllos, perfectistas, estiman en cada obra poética su mayor o menor aproximación a un valor absoluto que llaman Belleza. Estos, temporalistas, sólo ven en esas obras testimonios que, logrados o no logrados como expresión, son inseparables, por humanos, de un aquí y un ahora.

CANTEMOS como quien respira. Hablemos de lo que nos preocupa. No hagamos poesía como quien se va al quinto cielo. Porque cada poema incendia su instante, y lo que no sea de ahora, no será nunca. Vivamos a fondo nuestro momento, y dejemos con Dios a esos perfectistas que escriben para la eternidad. Seamos hermanos de nuestros hermanos, y si no les hablamos de sus cosas, no nos extrañemos de que nadie nos lea.

ES posible disimular una mueca sarcástica al advertir que si un poema perdura, idéntico a sí mismo, como documento histórico de una época o una sensibilidad caducada, sólo perdura en vivo, verdaderamente en vivo, como obra de Arte auténtica y actuante, en la medida en que, por equívoco, puede ser reinventado o interpretado en un sentido que su autor quizá no previno?

HE aquí un poeta en trance de creación. ¿Qué está haciendo este hombre? Indudablemente está tratando de poner fuera algo que lleva dentro; es decir, está expresándose. Pero entendamos esto bien. No está expresándose, como cuando hablamos, apelando a un repertorio común de signos que mientan pero no encarnan lo que dicen. No. Mas, por otra parte, señalemos: Expresarse poéticamente no es dejar proyectado ahí en un objeto fijo —poema o libro—la propia intimidad. No es convertir en cosa una interioridad, sino dirgirse a otro a través de la cosa-poema o la cosa-libro. No hay Poesía sin dos hombres concretos y precisamente distintos: El creador y el receptor. El Arte no está encerrado y como enjaulado por la Cultura en las llamadas obras de Arte. Pasa a través de éstas como una corriente y consiste precisamente en ese pasar transindividual, en ese ser del creador y el receptor uno para el otro y en el otro, en ese contacto ardiente de dos hombres que, más allá de cuanto pueda explicarse o formularse, vibran a una.

CUANDO uno considera cuánto debe a sus predecesores y cuánto saber poético hay atesorado en ese lenguaje que uno maneja como si fuera suyo, siente que no es nadie. Nuestra deuda—la deuda de todos y de cada uno—es tan inmensa que mueve a rubor. Nuestra poesía no es nuestra. La hacen a través nuestro mil asistencias, unas veces agradecidas, otras sólo inconscientes. Y cuando uno advierte esto, duda de su personalidad. La negaría

totalmente si no fuera por el aguijón de su sentido de la responsabilidad.

ESTAMOS obligados a los otros. Y no sólo porque hemos recibido en depósito un legado que nos trasciende, sino también porque el poeta siente la palpitación de cuanto calla y la hace ser, debe hacerla ser, diciéndola. Esta es su misión. No expresarse a sí mismo, sino mantenerse fiel a esas voces más vastas que buscan en él la articulación y el verso, la expresión que les dé a luz. Pues es claro que cuanto más siente uno hasta qué punto los poemas que escribe no son suyos, sino de todos, más obligado se siente a cantar por todos y a perderse en la corriente.

¿QUIÉN se atrevería a decir "poesía soy yo"? Sólo los locos hablan con las paredes. Poesía es siempre tú. Sólo cuando un tú responde y enuncia nuestros versos como suyos, uno empieza a sentirse poeta de verdad, y por poeta, felizmente salvado de su yo.

LA diferencia entre "la inmensa minoría" de Juan Ramón y "la inmensa mayoría" a que, con claro sentido reivindicativo, apela Blas de Otero, no es cuantitativa. No estriba en si nos leen muchos o pocos, sino en quiénes pueden leernos. Cuando Juan Ramón se consagra a "la inmensa minoría", no sólo acepta una situación real—que son pocos quienes se interesan por la poesía—, sino que además se complace en esa situación. Cuando Blas de Otero clama, aunque clame en el desierto, habla para el hombre cualquiera: Crea conciencia en el hombre cualquiera y le da a luz con las removidas entrañas de su conciencia universal.

GOETHE, nada menos que Goethe, le decía a Eckerman: "Cada vez veo más claramente que la poesía es un patrimonio común de la humanidad, y que dondequiera y en todas las épocas se manifiesta en cientos y cientos de personas. Unos la hacen mejor que otros y se sostienen más tiempo nadando arriba; eso es todo. Pero el señor Mathison no debe pensar que sea un don particular suyo, ni yo que lo sea mío, sino que debemos comprender que el don poético no es una cosa extraordinaria, y que nadie debe tener motivo de enorgullecerse por haber hecho un buen poema."

REPITÁMOSLO, recémoslo: Nadie es nadie. Busquemos nuestra salvación en la obra común. Pesemos nuestra responsabilidad. Sintamos cómo al replegarnos sobre nosotros mismos nuestra innanidad nos angustia, y cómo al entregarnos, al ser para los otros, al ser en los otros y al participar a compás en la edificación general del futuro, el corazón se nos ensancha, la vida canta, y somos por fin, a todo voltaje, hombres enteros y verdaderos. Salvémonos así, aquí, ahora mismo, en la acción que

nos conjunta. No seamos poetas que aúllan como perros solitarios en la noche del crimen.

LA Poesía no es un fin en sí. La Poesía es un instrumento, entre otros, para transformar el mundo. No busca una posteridad de admiradores. Busca un porvenir en el que, consumada, dejará de ser lo que hoy es.

NADA de lo que es humano debe quedar fuera de nuestra obra. En el poema debe haber barro, con perdón de los poetas poetísimos. Debe haber ideas, aunque otra cosa crean los cantores acéfalos. Debe haber calor animal. Y debe haber retórica, descripciones y argumento; y hasta política. Un poema es una integración y no ese residuo que queda cuando en nombre de "lo puro", "lo eterno" o "lo bello", se practica un sistema de exclusiones.

La Poesía no es neutral. Ningún hombre puede ser hoy neutral. Y un poeta es por de pronto un hombre.

LA Poesía, como cualquier otra actividad del hombre, está determinada por las bases materiales de la sociedad en que se produce. Y si es así, cambiar realmente esa poesía, y cambiar las relaciones de comunicabilidad del poeta con su público posible o real, será cambiar esas bases materiales, es decir, la situación económica del poeta—que, como tal poeta, es hoy un hombre tan alienado como pueda serlo un obrero—, y cambiar la situación económica del pueblo que, si actualmente no responde a nuestra llamada, no es porque esté menos dotado que las clases que se las dan de cultas, sino porque no le hemos salvado de su indigencia y, en consecuencia, no siente con plena conciencia las nuevas y más altas necesidades que sólo pueden darse en un hombre económicamente liberado.

NUESTRA poesía nunca llegará a ser "interesante"—"interesante" es una verdadera categoría estética que los "preciosos" han descuidado o han tratado de sustituir con snobísticos efectos de sorpresa—si no empieza por hacerse cargo de los problemas concretos que atormentan a los hombres con quienes queremos comunicar. Sólo si les hablamos de sus cosas conseguiremos embaucarles, o "embocarles", como es natural, como es justo, como la poesía de verdad pide. Y es claro que al hablarles de sus cosas, tendremos que hacerlo, no desde fuera, como espectadores, sino como quien entra en ellos y habla con ellos o por ellos, no sólo de ellos. Ser poeta es vivir como propio lo ajeno, traspasar lo individual y hablar "en" lo otro. Hay un estado de conciencia que no es ni personal ni colectivo, en el que ciertas aparentes antinomias se funden. El yo arde y uno es quien es doblemente entregándose. Se da a los otros, renuncia a muchas

cosas que creía personalmente importantes, y al darse, no se reduce, crece perdiéndose. Y una vez logrado esto, lo demás se le da al poeta por añadidura.

LOS nuestros no son ni pueden ser esos escépticos y cansados semicultos de la clase declinante que todo lo comprenden, pero no queman nada en el hogar de su corazón, sino aquellos que, aun sin entendernos del todo todavía, nos escuchan con fervor. Los nuestros no son los hartos, sino los hambrientos. Los nuestros no son esos que hoy disfrutan de medios para comprar libros, sino aquellos que los desean, aunque quizá apenas si saben leer. Los nuestros no son los que recuerdan y más recuerdan pensando que nada hay nuevo bajo el sol, sino los que van hacia adelante, descubriéndonos, devorándonos, iluminándonos. Porque pueblo somos, y al pueblo reverteremos.

EL acceso a esa "inmensa mayoría", sin la cual nuestra poesía no será nada, salvo bizantinismo, no puede lograrse con una revolución literaria. Los recursos técnicos, y en especial la posibilidad de hacer audibles y no sólo legibles nuestros versos, gracias a medios como el micro, el altavoz, la radio, etc., son sumamente importantes y están llamados a revolucionar una literatura que venimos concibiendo desde el Renacimiento bajo el signo de Imprenta, que es como decir de la lectura a solas. Pero hay algo aún más importante. Se trata del acceso a la Cultura de capas sociales que hasta hace poco han vivido en estado de pura naturaleza, pero que ya empiezan a llamar sordamente pidiendo otra vida. Sólo en la medida en que el poeta sepa responder a esta demanda, logrará crear un público más vasto, y algo más que un público. Pero sería ilusorio—repito—confiar sólo en los recursos literarios. Para salvar la poesía, como para salvar cuanto somos, lo que hay que transformar es la sociedad. Y a esto debemos consagrarnos con todo, y por de pronto, si damos en poetas, con la poesía como arma cargada de futuro.

GABRIEL CELAYA